

EL RETORNO A SEFARAD  
UN SIGLO DESPUÉS DE LA INQUISICIÓN

Dedico esta pequeña obra a Sol Nurie Gabay,  
mi colaboradora y amiga que comparte mis penas y  
alegrías, la compañera perfecta que cantó el Talmud.

EL AUTOR

## PRÓLOGO

**H**E recibido en Palma de Mallorca una visita interesante y significativa: la de un israelita sefardí, o sea, español de origen, y ciudadano de los Estados Unidos. Traía una tarjeta de presentación del amigo ilustre Rafael Cansinos-Asséns. Llegaba a España como a su verdadera patria, y contaba, lleno de noble emoción, casi llorando, sus impresiones al conocer los restos monumentales de su estirpe, sobre todo en Toledo.

Cuando entré en Santa María la Blanca y en el Transito –me decía–, contemplé aquellas piedras cubiertas de inscripciones en hebreo... Pero ahora, al llegar a Mallorca, me dicen que aquí encontraré monumentos vivos de mi raza, porque en esta isla se ha conservado pura, con todos sus rasgos...

Dialogábamos en mi terraza, ampliamente abierta sobre el mar. Era una tarde luminosa, bien propia de mi país, muy mediterránea. Mi visitante parecía deslumbrado por esta visión.

—Conozco –me dijo– muchas islas del archipiélago, y su belleza no es comparable con la de Mallorca.

Por un impulso irresistible, le señalé con mi mano un lugar de la costa cercana, al pie de la vertiente cubierta de apacibles quintas.

—¿Ve usted —le dije— aquella plazoleta? En sus cercanías ardió la hoguera donde fueron quemados, en 1691, los últimos mártires de su raza.

Y al decírselo, yo recordaba las horribles frases con que el jesuita Francisco Garau, testigo presencial de aquel auto, narra en su opúsculo *La Fe Triunfante* el martirio de Rafael Valls, corazón heroico, honra de su stirpe: «Estaba gordo como un lechonazo de cría y encendióse en lo interior de manera que, aun cuando no llegaban las llamas, ardían sus carnes como un tizón; y reventando por medio, se le cayeron las entrañas, como a Judas».

Pero... ¿cómo no desvanecer cruelmente las ilusiones de este buen sefardita en cuando a los compañeros de raza que hallaría en Mallorca? Esta stirpe judaica, conservada bajo el conocido nombre de chuetas, esto es, judihuelos (despectivo comparable al de moriscos), se ha adaptado con nimia exageración a las condiciones del país, salvo nobilísimas excepciones. No sólo abrazó la fe que se le impuso, sino que cayó en la gazmoñería exhibida y tartufesca, porque, a la manera que la función crea el órgano, la costumbre de la práctica religiosa impuesta por el terror, se convirtió en herencia defensiva, garantía de villa, reflejo del instinto de conservación. Toda raza perseguida sufre una desviación morbosa en su desarrollo vital, como un miembro violentado por un instrumento de tortura. La privación de libertad envilece y se acaba por merecer la proscripción, que, originalmente, fue una gran injusticia... Por afán de disimular la propia raza, los perseguidos se convierten en la caricatura de sus perseguidores, acentuando sus vicios y defectos. Recordemos a aquel pobre Antón de Montoro, el Roperero de Córdoba, enaltecien-

do a la Reina Católica cuando esta fulminaba contra los judíos el destierro y la hoguera... Así, los que debieron erigir su tradición de mártires como una enorme deuda sin rescatar, hicieron desaparecer, como si fuesen para ellos padrones de ignominia, los testimonios sangrientos de su heroísmo y de nuestra deshonra.



Por momentos, una honda simpatía me iba uniendo a mi interlocutor, en cuyo semblante, franco y noble, no se destacaban los rasgos de su origen. Y en esa simpatía se mezclaba una implícita demanda de perdón por mi culpa de español en el antiguo oprobio. Pero mi visitante, comprendió bien pronto mis sentimientos hacia su raza, sostenidos por una afición nativa a su historia, su lengua y sus libros. El antisemitismo me parece la persistencia más visible de la barbarie.

Llamábase este español (¿quién con más derecho que él merece el calificativo?) José Estrugo. Tuve la suerte de explicarle la etimología de su apellido, equivalente a «bienhadado, astrugo, de buen astro».

Era común entre los israelitas españoles la designación patronímica con significado de buen augurio, a manera de bendición. Así encontramos Buen Nombre («Shem Tob») en Castilla, y en Cataluña «Bonsenyor, Bonastre, Bonfill» (latinizado, en «Bonfilio»), «Bonsoms, Bonin» (viviente todavía en Mallorca), «Bonastruc», equivalente a «Estrugo».

A través de nuestra conversación, el interesantísimo grupo humano de los sefardíes de Oriente desplegaba su vida ante mis ojos. Yo veía sus barrios humildes, sonoros por el martilleo del trabajo en los días de labor, y sumergidos en venerando silencio los sábados,

cuando ni el fuego familiar puede ser encendido por manos judías, y los griegos pasean por las calles brasas para la cocina, voceándolas con un grito, que ellos creen hebraico: «¡Lumbre, lumbre!». ¡Con qué extraña ternura ha de vibrar para los oídos de un viajero español el lenguaje de aquellos proscritos, lleno de dulces entonaciones y cariciosos diminutivos, exento de la áspera rotundidad gutural, henchido de arcaísmos, que evocan la intacta pureza del castellano medieval, conservado en ese apartamiento como una especie de Pompeya léxica! Mi amigo hablaba el castellano de la España actual, acaso con alguna levisísima modulación desacostumbrada para mi oído. Pero, en general, su pronunciación era, ciertamente, mucho mejor que la mía y la de todos los que hablamos como lengua nativa el catalán.

Una gran amargura le dominaba. Desde muy joven emigró a Norteamérica, vivió algunos años en California, y ahora, impulsado por un ansia de viajes que le hacía recordar irónicamente el mito simbólico de Ajashveros, venía a España para conocer su verdadera patria, la que él amaba, a pesar de todos los recuerdos y los agravios.

—Crea usted —me decía— que este es el sentimiento de muchos de mis hermanos de Oriente; no queda ningún rencor, ningún rastro de la ofensa mortal de 1492. Sentimos hacia España un gran amor, purificado por la ilusión. Como no somos, en general, sionistas, ni creemos que la Jerusalén actual pueda satisfacer, como metrópoli, nuestro sentimiento colectivo; tenemos nuestra Jerusalén o Sión espiritual, que es el país legendario de Sefarad: ¡España!

Y me describía las tiernas añoranzas de esa estirpe que parece predestinada a los seculares cautiverios, suspirando por el guía que los redima y reconduzca a la tierra de promisión. Los ojos de esos

israelitas no lloran sobre las ruinas de su templo, pero muchas veces, cuando cae la noche, deben de extasiarse mirando el lucero que flota en la claridad moribunda del ocaso, y cuyo nombre de Vesper originó, probablemente, el de España...

¿Habéis visto alguna vez uno de esos periódicos sefardíes, publicados en las ciudades del próximo Oriente en viejo castellano y caracteres aljamiados? Yo he deletreado con fervorosa emoción alguna de esas hojas, eco vivo de nuestra propia voz a través del mar clásico; yo he sentido una honda impulsión de lágrimas al descifrar alguna inscripción castellana, en letras hebraicas, sobre las columnas, simbólicamente truncadas, del cementerio judío de Argel. Y siempre ha subido a mi cara el sonrojo de nuestra gran deuda histórica, de nuestro pecado sin redimir...

La rama sefardí es la más pura, espiritualmente, de las diversificaciones israelitas, porque es la que menos ha sentido la necesidad de violentar su naturaleza. Turquía, justo es decirlo, no ha tenido para ella la dureza de otros dominios. Grecia, como metrópoli, es bastante peor. No hablemos de los pogromos eslavos, que renuevan las invasiones medievales en las juderías españolas, y en los guetos italianos. Estos judíos españoles tienen la superioridad de no haber aceptado la humillación del cambio de fe, porque prefirieron el destierro y la muerte.

Los más cultos entre ellos no conservan ya la fe de sus padres, y profesan el sentido religioso de las modernas aristarquías espirituales.

—No hay más que dos religiones —me decía este sefardita—: la del amor y la del odio. La mía es la del amor. En este sentido, pudiera ser cristiano o budista. Y no comprendo que para cristianos españoles pueda ser una deshonra el pertenecer a la raza de Jesús y

de María... A los judíos ha hecho un gran daño la personalización genial de la figura de Shylock, injustísima como arquetipo representativo de toda una raza.

—Mire usted —le dije—: cuando una raza tiene entre sus hijos a Avicbrón, Benito Espinosa, Enrique Heine y Carlos Marx, ¿qué puede importarle todo lo demás?



Desde la terraza vimos caer la noche sobre el mar. La estrella de Sefarad se encendió en el ocaso. Mi buen amigo se despidió. Había en sus palabras tan comunicativa emoción; me parecía descubrir en ellas tal armonía secreta con la gran paz de aquella hora mística, que no sabría expresar la nobleza de sentido trascendental, de repercusión histórica, que la escena me sugirió... Por primera vez yo veía un español que proclamaba como una dignidad y un noble orgullo su sangre de proscrito y me la ofrecía como el mejor título a nuestra amistad naciente. Allá, frente a nosotros, quedaba una ciudad en la cual perduran las viejas deshonras de sangre, y el nombre de judío es todavía un estigma que ocultan los mismos que debieron convertirlo en arma de honor para exigir el desagravio... Y el solar donde se levantaron los quemaderos, espera el monumento expiatorio que glorifique, «en estatua», a los mártires heroicos...

GABRIEL ALOMAR

## INTRODUCCIÓN

«Sería ingratitud poco loable el desconocer y feo pecado el negar a la raza proscripta la parte que le cupo realmente en el crecimiento de la cultura española, bajo el doble aspecto de ciencias y letras».

DON JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS

HAN aparecido en los últimos treinta años enjundiosas obras con relación a los sefardíes, ora escritas por españoles, ora por extranjeros, en que se da a conocer el habla, las costumbres, etc. de este pueblo muy español, hoy esparcido por el mundo, que durante siglos tuvo como patria Iberia, tan querida y tan antigua para él como lo era para sus perseguidores. Insignes filólogos han contribuido con sus estudios y observaciones a que no se perdieran por completo los tesoros folklóricos y lingüísticos nuestros. Se ha hablado mucho del habla de los sefardíes, acertando a veces, generalizando o interpretando mal, otras. Ilustres viajeros españoles, recorriendo juderías de Esmirna, Salónica, Constantinopla y Rodas, para recoger cantigas y romances, fueron asombrados por el gran parecido entre sus paisanos y los sefardíes, llegando algunos a creer que se encontraban en un rincón apartado de la España medieval. Cuando yo llegué a España por primera vez, creía hallarme entre sefardíes, entre los míos. No es necesario ser un frenólogo o etnólogo para convencerse de que entre los españoles de Oriente (sefardíes) y los españoles de España, no existen rasgos físicos y característicos que puedan diferenciarlos.

De todos modos, en la fecha de la expulsión<sup>7</sup> ya el tipo parece haberse fundido, amoldado y confundido completamente hasta llegar a ser más o menos uniforme entre sefardíes y españoles, en todas las regiones; tanto que en la península ibérica era casi imposible distinguir entre un cristiano nuevo y un cristiano viejo<sup>8</sup>, resultando difícil observar las leyes respecto a la limpieza de sangre, a menos de echar mano de los árboles genealógicos de las familias, tarea muy ardua cuando se trataba de familias pobres, que no tenían árboles.

No tengo la pretensión de escribir un libro más, y muy lejos de mí está la idea de hacer una obra de erudición. No hago otra cosa sino apuntar muchos datos y hechos que conservo, como reminiscencias de mi niñez, pasada en la judería de Esmirna; rescoldos de algo que un día había sido grande y que creo merecen ser conservados piadosamente en los anales de la historia contemporánea y de muchísimo interés para españoles y sefardíes igualmente. Así como muchos viajeros españoles han escrito sus impresiones después de pasar unos días o semanas entre sefardíes de Oriente, séale permitido a un sefardí describir sus emociones, impresiones y datos

---

7. Ahora me doy aún más cuenta de lo cruel que fue aquel crimen espantoso, cometido por la intolerancia y el fanatismo. ¡Dejar una patria tan hermosa como ésta, arrojados como manadas de fieras, y dirigirse a tierras lejanas cuyo idioma desconocían, y en una época en que no había las comodidades para viajar que hoy existen! Este crimen imperdonable de la Historia, narrado por el buen cura Bernáldez, testigo ocular, ablandaría los corazones más duros; ¡y puede haber hoy todavía gente tan depravada que justifique y hasta apruebe semejante barbarie de los Reyes Católicos!

8. Prueba de ello, la anécdota bien conocida de João I de Portugal, que mandaba al marqués de Pombal pusiese un sombrero amarillo a todos los conversos, para poder distinguirlos de los cristianos viejos. Y el marqués se presentaba ante el rey con tres de éstos sombreros debajo del brazo: uno para el rey, uno para el inquisidor general y uno para él.

recogidos al pasar poco mas de un año entre españoles de España, en España. Mis sorpresas fueron mucho más grandes que las que experimentaron los primeros. He recogido aquí abundantes cosechas y tesoros de expresiones que creía eran solamente nuestras o corrompidas por nosotros, en los teatros, entre la gente de los pueblos, de las capitales y de los barrios bajos. Dejaré a los filólogos e historiadores, a literatos de profesión, la tarea de completar, en su día y hora, esta interesante historia.

Disculpen los lectores mi atrevimiento y los muchos errores de composición y gramática, ya que nunca he estudiado el español moderno en escuelas o con profesores, por carecer de ellos. Lo poco que aprendí, lo debo principalmente a la judería, al hogar, porque allí hemos mamado el español arcaico a los pechos de nuestras madres. Era el español la lengua, no solamente del hogar, sino también del comercio entre nosotros. Como el hebreo era la lengua sagrada, teníamos que leer en español las traducciones de nuestros rabinos para poder comprender los rezos, etc., y esto también ha contribuido a conservar el idioma entre nosotros. Accidentalmente cayeron en mis manos dos obras, que me abrían las puertas a la riquísima literatura antigua y moderna española: *El Quijote* y *La Celestina*. Fue para mí un gran descubrimiento el leer en estos libros expresiones enteramente nuestras; y los leíamos en casa alrededor del brasero, en las noches de invierno, con un deleite indescriptible de los viejos. Me di cuenta entonces de que podía leer sin dificultad ningún libro español moderno, y desde entonces leí muchos.

Digan lo que quieran todos los filólogos habidos y por haber, es verdad incontestable que nuestro español no es tan diferente del moderno, como es el francés antiguo del moderno, y por este motivo no es nada difícil para un sefardí corregir su habla y asimilarse

a la de los españoles y sudamericanos, después de vivir entre ellos pocas semanas. Más difícil, creo, le sería a un catalán, un gallego, etc. La lengua nuestra es más próxima al castellano moderno que el asturiano, por ejemplo, y otros dialectos de la península.



Dos palabras más antes de entrar en materia, para rendir el más ferviente homenaje a la memoria del doctor Ángel Pulido Fernández, apóstol que fue de la aproximación hispanosefardita, y a la inolvidable Carmen de Burgos, que en unión de Pulido luchó por borrar un cruel yerro de la Historia española. Nuestra gratitud eterna a todos los españoles amantes de la justicia, que con su pluma y palabra tanto contribuyeron para enmendar entuertos y deshacer prejuicios y calumnias, como doña Concha Espina, Gabriel Alomar, el padre Fita, Rafael Cansinos-Asséns, Fernando de los Ríos y muchísimos más.

El movimiento iniciado desde la época de Castelar y continuado por Pulido, tuvo simpatizadores en España entre todos los partidos y credos: conservadores, liberales, monárquicos, republicanos, católicos y librepensadores. Pero, desgraciadamente, no siempre intervinieron elementos deseables, y no deben juzgar los españoles a un millón de sefardíes por una docena de mercaderes, arrivistas, intelectuales o semi-intelectuales, como tampoco deben juzgar los sefardíes a los hermanos españoles de la península por los ejemplares que malograron tantos nobles anhelos, oportunistas cuya única preocupación era la de atraerse capitales sefarditas en negocios poco claros. Ni unos ni otros representaban a sus hermanos.

José M. ESTRUGO

## LOS SEFARDÍES

«Llevaron de acá nuestra lengua y todavía usan della de buena gana, y es cierto que en las ciudades de Salónica, Constantinopla, Alejandría y El Cairo y en otras ciudades de contratación y en Venecia, ni compran ni negocian en otra lengua sino en español. Y yo conocí en Venecia hartos judíos de Salónica que hablaban castellano, con ser bien mozos, tan bien o mejor que yo».

GONZALO DE ILLESCA (siglo XVII)

LA palabra *sefardí* o *sefardita*, que en hebreo significa ibérico, no es del todo desconocida por españoles e hispanoamericanos. Quiéranlo o no, los sefardíes pertenecen a la gran familia latina y son unos españoles más. Pretendían los rabinos de España que los judíos establecidos aquí desde antes del nacimiento de Jesucristo, pertenecían a la tribu de Jehudá. Pero lo cierto hoy es que representan una de las ramas principales en Israel. La otra, la más numerosa, es la ashkenazí (alemanes, polacos, rusos, eslavos). El rito y la pronunciación del hebreo de los ashkenazíes, son diferentes a los de los sefardíes. Los ashkenazíes de Alemania, establecidos allá desde muchos siglos, son muy distintos de los ashkenazíes de Polonia y de Rusia, no solamente en tipo, sino en carácter y temperamento. Aquellos son más cultos y hablan el alemán como idioma nacional, mientras los demás ashkenazíes hablan el *ídish*, una jerga judeoalemana, muy corrompida. La verdad es que el sefardita en nada se parece al ashkenazíes, sea alemán o polaco. Nuestros hermanos españoles son poco prácticos y muy sonadores y no tienen en Europa ni en América la influencia comercial, industrial o bancaria de los teutones y eslavos. No existe una sola

casa de empeños sefardita. Tampoco tienen hoy los sefardíes grande influencia (como los ashkenazíes) en las ciencias y las artes.

Aunque en muchos países como los Estados Unidos, Inglaterra, Holanda, Italia, Francia, etc., los sefardíes establecidos desde siglos se hayan asimilado por lo menos espiritualmente, y son hoy ciudadanos de sus respectivos países, se llaman todavía sefardíes, para distinguirse de la otra rama, porque más que una nacionalidad histórica y geográfica, es casi un grupo racial. Un ashkenazí puede haber nacido en España y ser un ciudadano español como cualquier otro extranjero naturalizado o nacido en la península; pero un sefardí, aun siendo natural de Salónica, de Sarajevo o de Estambul, sigue siendo español. No conoce al español del siglo XX, pero sí a la España antigua, y por consiguiente se puede justificar hasta cierto punto su amor a la tierra en que sus mayores tuvieron su siglo de oro y su esplendor. Tendrán simpatías o antipatías hacia ciertos españoles individualmente. Algunas veces se sintieron heridos en su amor propio por representantes poco cuerdos, que ora les daban un abrazo, ora un mordisco. Muchos sienten un amor despechado, pero todos son tan altivos como los que más en la península. Recuerdo las palabras de Isaac Alché y Saporta, al terminar su conferencia en el Ateneo de Madrid, el 2 de diciembre de 1916: *Españoles fuimos, españoles somos y españoles seremos.*

Se llaman o se llamaron sefardíes un juez de la Corte Suprema de los Estados Unidos, Cardoso; un virrey de la India, Isaac Rufus; un estadista francés, Henri Torres; un primer ministro inglés, Lord Disraeli; un príncipe de Turquía, Duque Nasí, de Naxos; un Gambetta, etc., etc., por su historia, su rito, su lengua, sus tradiciones, porque, en suma, pertenecieron y pertenecen a Iberia, aunque forzosamente alejados de ella.

Desde que salieron de la península, los sefardíes no han querido asimilarse con los hebreos ashkenazíes y se puede asegurar que, generalmente, se han conservado puros, relativamente, ya que esto de la pureza de sangre resulta hoy un mito, sobre todo refiriéndose a los judíos. Pero hay que tener en cuenta que existe tanta diferencia etnológica y física entre un sefardí y un asquenazí, como la que pudiera existir entre un católico español y un católico alemán. Hay, además, otras pequeñas ramas en Israel, muy distintas racialmente, como las de los *falashas* o judíos negros de Abisinia; los *Bení Israel*, judíos indios de tipos mongoles; los *bocharalis*; los del Turkestán; los *kiptas* o judíos semisalvajes del Azerbaiyán; los judíos chinos de ojos almendrados y tez amarilla. Los que más pura habrán conservado la raza semítica son, quizá, los de Arabia (Yemen) y los de Persia y de Mesopotamia; estas tres ramas en nada se parecen a los asquenazíes, que pasan generalmente en el mundo como puros semitas (cuando una gran mayoría de ellos tiene en las venas sangre eslava, por la mezcla de «chazares» en la Edad Media, y por las violaciones de hebreas en los pogromos).

La tan cacareada solidaridad hebrea internacional, no es sino una simpatía común entre los perseguidos por sus ideas o por su religión. En lo demás, lo mismo explota el capitalista hebreo al siervo hebreo que el capitalista cristiano al siervo cristiano. Se solidarizan los judíos como se solidarizan los banqueros, los católicos, los socialistas, los comunistas de todo el mundo frente a los ataques del enemigo común. La solidaridad no puede ser racial. El pueblo norteamericano es muy solidario, y sin embargo, se compone de todas las razas del globo. Los judíos no tienen el monopolio de las virtudes ni de los defectos. En algunos países, como en Polonia o Rusia, donde fueron bárbaramente perseguidos, el instinto de conservación les

convirtió en seres algo extraordinarios, con rasgos que los hacen a veces antipáticos. Se achacan a los judíos todos los males de la tierra, habidos o por haber: la masonería es judía (como si el Rey de Inglaterra, jefe de la masonería inglesa, fuera judío); los judíos son comunistas (y Stalin y Lenin, ¿son judíos?); los judíos son capitalistas (pero los hombres más ricos del mundo son Morgan, Rockefeller y Ford, todos cristianos). Hay para todos los gustos: Marx era sólo mitad judío, Rothschild es judío, Judas era judío; pero olvidan, o pretenden olvidar, que Jesús y todos los apóstoles eran judíos. Lo mismo protestan los sefardíes contra las persecuciones de judíos alemanes que protestan contra la matanza de negros o armenios. El más grande defensor de los griegos y de los armenios fue un judío norteamericano, Morgenthau, que dedicó su vida y su fortuna a su emancipación y bienestar cuando eran perseguidos.

No sabemos de fijo la fecha en que Israel llegó a la península, pero según historiadores como el Padre Mariana y José Amador de los Ríos, teníamos comunidades importantes en España y Portugal desde el siglo I de la Era cristiana, y hay muchas posibilidades de emigraciones desde algunos siglos antes de Jesucristo. Dice Amador de los Ríos, en su *Historia de los Judíos de España y Portugal*:

De hecho, ya en los tiempos de la República romana, apenas se contaba un pueblo conocido adonde no hubieran llevado los judíos su religión, su lengua y su comercio. *Probablemente vinieron los judíos a España mucho antes de los romanos...* Después de la destrucción de Jerusalén por Tito, los judíos derramábanse por todos los confines de la Tierra y es natural que buscasen en España el asilo que no había negado este país a sus antepasados. Iberia ofreció (según un autor rabínico) de nuevo su hospitalidad a los judíos, que

a raíz de la gran catástrofe de Jerusalén venían a dar extraordinario aumento a la antigua población hebrea abrigada en su seno... Desde entonces, ya no es tan oscura la historia de los hebreos en España. En el consejo de Iliberis (siglo IV) se habla de los judíos y se legisla acerca de sus contactos con cristianos, estas medidas refiriéndose a los hebreos más antiguos y a los más recientes.

Sabemos que en las islas de Mahón y Palma (en las Baleares), tenían aljamas importantísimas en el siglo II y III de nuestra era, es decir, antes de que España fuera cristiana. Muchos vinieron con los fenicios y probablemente convirtieron a algunos íberos al judaísmo, como más tarde convertían los árabes al islamismo a muchos españoles (mudéjares). Los judíos expulsados en 1492 no llegaban a 250.000 almas. La gran mayoría se quedó bajo la máscara del cristianismo, además de los millares que se convirtieron, sinceramente o no, mucho antes de la expulsión, a raíz de las persecuciones y de las predicaciones de san Vicente Ferrer, y fue en beneficio casi exclusivo de los conversos que se estableció la Inquisición en España y Portugal. Si en Palma de Mallorca se puede identificar hoy a los hijos de los conversos (chuetas) por no haberse mezclado (porque no los dejaron) con los demás isleños, en el resto de Iberia se han confundido, y han sido absorbidos por las masas. El número de sefardíes convertidos en España puede calcularse en unos dos millones de almas, lo que, teniendo en cuenta el número de habitantes de la península, a la sazón representa un gran porcentaje de la población total. Las clases llamadas aristocráticas o la nobleza particularmente, tienen abundante sangre de conversos, según demuestran el cardenal Mendoza y Bobadilla en su *Tizón de la Nobleza*, y Llorente, el último secretario de la Inquisición de Corte, en Madrid, en su *Historia de la Inquisición*. Cuentan los cronistas que,



*Matrimonio sefardita.*

por falta de suficiente agua bendita, bautizaban a los judíos en grupos de millares o de decenas de millares.

He visitado muchos pueblos en España cuyos habitantes son hoy casi en su totalidad descendientes de hebreos, por haber sido dichos pueblos, en el pasado, exclusivamente habitados por ellos, como Estella (en Navarra), que aun hoy conserva la judería del siglo XV casi intacta; Vargas, Maqueda, Escalona, Yepes, Yébenes, Tembleque (nombres de etimología hebrea), Escalona, Elche, etc. He asistido

a una fiesta en Elche, en agosto. En esta «fiesta» hay una parte llamada la «judiada», en que aparecen los actores como judíos, queriendo hurtar el cuerpo de la Virgen María, que está siendo sepultado. Se entabla una pelea entre apóstoles y judíos. Según se acercan al tablado, ocurre un milagro, y los judíos quedan paráliticos de brazos. Convencidos y arrepentidos, se dejan bautizar. La «judiada» es uno de los números más acertados de los misterios. Sin embargo, durante largos años, hasta en 1924, no se cantó la «judiada» porque la lucha ficticia que se entablaba entre judíos y cristianos dentro del templo, muchas veces continuaba de veras fuera de él, porque

los fieles fanatizados, querían hacer pagar a los judíos conversos de Elche el agravio supuesto hecho a su patrona en tiempos remotas.



El sefardí no solamente ha heredado la lengua, las tradiciones, la música de España, sino también todos los defectos como todas las virtudes que caracterizan a los españoles. Ha heredado, sobre todo, el tipo, la fisonomía ibérica. Hay entre ellos asturianos, aragoneses, gallegos, mallorquines, catalanes, valencianos, leoneses, castellanos, navarros y, sobre todo, andaluces.

Hace algunos meses, en una tertulia de Madrid, estábamos entre un grupo de españoles tres sefardíes. Un español amigo que nos conocía, quiso hacer un experimento e invitó a los contertulios a que designaran quienes eran los tres hebreos que había en el grupo, antes de presentarnos. Los tres hebreos que todos escogieron eran españoles, quizá cristianos viejos. La verdad es que no existen entre los sefardíes los conocidos tipos clásicos semitas, y estos abundan más en España que en los centros sefarditas. Estos tipos son muy raros y constituyen la excepción. Apuesto que la mayoría de los expulsados eran españoles puros... de religión hebrea nada más. Y de los semitas, la mayoría se habrá quedado acá.

Igual que en España, tenemos tipos característicos, y, claro está, dicharacheros, señoritos, burros cargados de oro, mendigos, ignorantes, fanáticos, orgullosos, al lado de una mayoría de idealistas, trabajadores y librepensadores.



El número de sefardíes hoy en el mundo asciende aproximadamente a un millón, repartidos, más o menos, así: Inglaterra, 50.000; Italia, 50.000; Holanda, 50.000; Marruecos, 75.000; América del Norte, 50.000; América española, 150.000; Francia, 75.000; Grecia (incluso Salónica), 120.000; Egipto, 75.000; los Balcanes, 55.000; Palestina, 25.000; Túnez y Argelia, 25.000; España, 5.000, y Turquía, 195.000. El número de sefardíes que todavía usan el español como lengua del hogar es, aproximadamente, de unos 650.000.

La emigración a América, sobre todo a la Argentina, data de algunos cuarenta años. En ese país existen numerosas comunidades de sefardíes de Turquía y Marruecos. La comunidad sefardita de Nueva York es la más antigua, según prueban las piedras tumbales y la sinagoga que allí tienen desde el año 1600 aproximadamente. Se llama todavía la sinagoga «Spanish and Portuguese», y entre sus fundadores se leen apellidos portugueses y españoles. También emigraban conversos de España y Portugal al Nuevo Mundo, poco después de su descubrimiento. Las Inquisiciones del Perú, de Chile y de Méjico trabajaban con mucha actividad achicharrando judaizantes hasta casi el nacimiento del siglo XIX. Pero después de independizarse esas Repúblicas y declarar la libertad de credos, todos aquellos judaizantes desaparecieron y se confundieron con las masas cristianas. En Medellín (Colombia), una ciudad de unos 50.000 habitantes, el 90 por 100 descienden de conversos, y son hoy muy fervientes católicos, como lo son los chuetas de Mallorca. En el Brasil y en Curazão, la religión ha podido sobrevivir después de tantos siglos. La comunidad sefardita de Curazão (América holandesa), data de unos trescientos años y tiene dos templos, uno ortodoxo y otro reformado, en que hablan y rezan todavía en español.